

Convivir con la inflación: entre las cifras oficiales y el estrangulamiento del bolsillo

Ficha técnica

Tema: Inflación en la Argentina

Área: Experiencia social de la inflación

Territorio: Argentina

Período analizado: 2025-2026

Tipo de documento: Análisis de coyuntura

Año: 2026

Autoría: Claudia Daniel

Resumen

La persistencia de la inflación suma desafíos a los presupuestos familiares y agudiza los padecimientos de las mayorías. Este informe aborda las particularidades del contexto inflacionario actual, los desajustes entre la inflación percibida y lo que marcan los índices oficiales, y las estrategias adaptativas que han desarrollado los hogares en el GBA para afrontarla.

Introducción

La inflación es un problema persistente en la Argentina desde hace dos décadas, que padece una sociedad cansada de lidiar cotidianamente con la inestabilidad de precios. Este proceso inflacionario prolongado resultó resistente a las diversas recetas aplicadas por sucesivos gobiernos que no hallaron soluciones consistentes a mediano o largo plazo. La dinámica inflacionaria de su economía distingue a la Argentina de la mayoría de los países de la región Latinoamericana que, aunque también transitaban episodios inflacionarios durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, actualmente exhiben índices de inflación anual de un dígito (a excepción de Bolivia y Venezuela). En lo que va del año 2026, Argentina ya traspasó ese umbral: a nivel nacional, la variación acumulada del índice de precios, respecto de diciembre de 2025, alcanza el 14,7%; pese a que la variación mensual del 2,1% de mayo señala una desaceleración respecto de los dos meses previos.

Aunque la inflación afecta de un modo generalizado a la sociedad, su impacto difiere según el nivel en que se sostenga la variación general de los precios de la economía, o del ritmo vertiginoso que adquiera. Siempre erosiona la capacidad adquisitiva de los hogares, pero no es indistinto que ese escenario venga acompañado o no de mecanismos de actualización salarial y de ingresos. Tampoco impacta por igual a familias de distinta condición socioeconómica: lo que en sectores de ingresos altos puede significar reorganizar el presupuesto familiar, o en hogares de sectores medios dificulta sostener cierto nivel de vida, puede

comprometer la reproducción cotidiana de las familias más pobres. Convivir con la suba de precios despierta diversas estrategias para contrarrestar la erosión de la capacidad adquisitiva de los ingresos familiares, algunas transmitidas de manera intergeneracional o aprendidas en escaladas inflacionarias anteriores, otras más creativas, ajustadas a un escenario transformado por las nuevas tecnologías y los instrumentos financieros disponibles. Un rasgo singular que pareciera ser transversal a las familias de diferente condición, sin embargo, es percibir una distancia entre la inflación vivida y su medida oficial: el IPC. Brecha que puede llegar al punto de que esa estadística y las nociones de la ciudadanía entren en abierto conflicto.

En la Argentina, los índices de precios al consumidor que publica regularmente el INDEC suelen quedar rodeados de suspicacias respecto de su veracidad o precisión. Es cierto que las mediciones rara vez reflejan los aumentos de precios tal como los experimentan las familias en su vida diaria. Cuando los datos no confirman o no coinciden con ideas o expectativas de ciertos grupos, se tiende a desautorizarlos o a dudar de su validez. Así, afirmaciones sobre una supuesta subestimación o sobreestimación, y opiniones —más o menos interesadas— acerca de la imprecisión de las cifras, circulan en la opinión pública, abriendo nuevas polémicas alrededor del IPC. Pero, ¿Por qué no nos convencen los índices oficiales de inflación?

Desarrollo

Entre las descripciones técnicas de las/os expertas/os en economía y la percepción ciudadana, puede existir una brecha, no sólo en materia de inflación, sino también de crecimiento económico o de bienestar social. Más allá de los índices oficiales, otros elementos vuelven a esos fenómenos palpables o perceptibles en las economías domésticas. La disparidad entre la información estadística agregada y la sensibilidad común admite explicaciones por razones tanto técnicas como sociales; enumeramos algunas.

La composición de la canasta de consumos

El IPC mide la evolución de los precios de un conjunto de bienes y servicios que el organismo estadístico nacional considera representativos del gasto de consumo de los hogares urbanos. Las críticas técnicas recientes apuntaron a la representatividad de esa estructura de gastos. La canasta empleada en la medición de la inflación no se actualiza desde hace más tiempo del recomendado por organismos financieros internacionales y manuales de buenas prácticas estadísticas. El INDEC había anunciado que trabajaba en el reemplazo de la canasta de consumo basada en el relevamiento de 2004, por otra construida a partir de la Encuesta de Gastos de los Hogares realizada en 2017/2018; tarea que suponía reconocer oficialmente esa necesidad. Sin embargo, el organismo estadístico terminó postergando la

actualización de manera indefinida, decisión que motivó la renuncia de su director, Marco Lavagna, a comienzos de 2026. Ambos hechos alimentaron el descrédito social del índice.

¿Es representativo un índice de precios basado en patrones de consumos de 2004?
¿Cuán confiable resulta para quienes lo incorporan en convenios salariales o contratos de alquiler? Planteos como éstos respaldan la sensación de falta de correspondencia entre el indicador y el fenómeno que pretende reflejar.

La disonancia respecto del índice oficial se amplía, además, porque los rubros o ítems que la encuesta señala como más relevantes en la estructura de los gastos de las familias urbanas son los que registraron mayores variaciones de precios. En la región GBA, la inflación acumulada del año (mayo 2026 contra diciembre de 2025) fue más alta en el rubro Educación (23,7%) y en Vivienda, Agua, Electricidad, Gas y otros combustibles (19,3%). (INDEC, 2026) Con la metodología que quedó en suspenso, los servicios públicos y el transporte, junto al rubro comunicaciones, habrían ganado peso dentro del IPC, mientras que Alimentos y Bebidas habría reducido su participación relativa. Aunque el nivel general de variación de los precios se ubica en el 33,2%, a nivel nacional, lo particular del último año fue que los servicios (42,8%) aumentaron más que los bienes (28,8%), cambio que repercutió en los presupuestos familiares. (INDEC, 2026) Estos datos respaldan, de modo más objetiva, la lectura diferencial de la situación inflacionaria que empezó a compartir la ciudadanía.

La variación interanual del IPC fue del 33,2% en mayo de 2026.

Mientras los servicios se incrementaron un 42,8% durante el último año, los bienes lo hicieron el 28,8%.

Distancia entre la inflación medida y la percepción social

Las discrepancias entre la inflación percibida de forma subjetiva y la que arrojan las mediciones estadísticas son más comunes de lo que suele pensarse; por lo general, la primera es más pesimista que las cifras oficiales, aunque no siempre. Para entender ese desajuste en el caso de la inflación, conviene reconocer primero que nadie tiene acceso directo al incremento generalizado y sostenido de los precios que define técnicamente a la inflación. A diferencia del índice del INDEC, que agrega una amplia variedad de precios, las personas de a pie solo constatamos en la práctica las variaciones de ciertos bienes y servicios. En la valoración subjetiva de la inflación, los consumidores damos más importancia a los bienes y servicios que consumimos con mayor frecuencia o que nos resultan, por diversas razones, más significativos. Solemos guiarnos por ciertos precios de referencia para construir una representación propia de como viene evolucionando la inflación. La variación de

esos precios en la vida diaria no se replica necesariamente en el comportamiento del IPC. También elaboramos de manera intuitiva “medidas” alternativas de inflación: cuánto cuesta llenar el chango del supermercado o los artículos que caben en una bolsa.

Por otra parte, la percepción de la inflación no se guía solo por los indicadores estadísticos: es moldeada también por concepciones políticas e ideológicas a partir de las cuales las personas seleccionan o filtran la información económica. Las personas tienden a rechazar las informaciones que contradicen su experiencia inmediata y, por sólido que sea un índice, están más dispuestas a creer en él en la medida que su comportamiento se ajusta a su percepción cotidiana.

El rol de las expectativas

La distancia entre los marcos de referencia que las personas emplean acerca de los procesos inflacionarios y las medidas oficiales reaparece al observar la configuración de las expectativas inflacionarias, profundamente arraigadas en la economía cotidiana. Mientras que, en mayo de 2026, la variación registrada por el IPC-INDEC fue del 2,1%, la inflación esperada, para los próximos treinta días, era de 3,86% en promedio a nivel nacional (y 3% la mediana), según el relevamiento del Centro de Investigación en Finanzas de la Universidad Torcuato Di Tella (CIF-UTDT). Este instituto realiza regularmente la Encuesta de Expectativas de Inflación por la que recaba opiniones respecto de la trayectoria esperada de los precios.¹

El índice del CIF-UTDT es presentado como una aproximación a la inflación percibida esperada de la ciudadanía. En mayo de 2026, la expectativa de inflación para los doce meses siguientes se ubicó en el 37,5% en promedio a nivel nacional, por encima de la media de lo proyectado por los especialistas de consultoras y entidades financieras locales e internacionales que recogen informes como los de FocusEconomics. En el GBA fue aún mayor (42,2%). Allí, las expectativas crecieron más respecto del mes previo (+6,6 p.p.). Si bien la expectativa de inflación, a nivel nacional, ha ido en descenso desde la asunción del actual gobierno, nunca perforó el piso del 30% en promedio. Junto con los reparos técnicos al índice oficial, estas expectativas también modulan la disparidad entre la percepción social y la medición de la inflación.

¹ Dada la incertidumbre que todavía reina en el escenario nacional, la inflación anual esperada -es decir, la expectativa que las personas tienen del aumento generalizado de precios en los próximos 12 meses- les sigue resultando a estos investigadores más difícil de relevar que lo que las personas creen que sucederá en los 30 días siguientes. Ello se pone de manifiesto en un detalle técnico que no pasa desapercibido para los especialistas: la pregunta sobre la inflación mensual esperada presenta en la encuesta una mayor tasa de respuesta que la proyectada para el año.

A nivel nacional, en mayo de 2026, la expectativa de inflación para los doce meses siguientes era de 37,5% en promedio.

Diferenciación entre inflación y costo de la vida

por último, no puede pasarse por alto el efecto corrosivo de la inflación sobre el poder adquisitivo del dinero y su resonancia en la organización y planificación de la economía doméstica, en los esfuerzos que exige a las familias y en cómo éstas perciben la problemática de la inflación, en general. En los últimos meses, los ajustes salariales de los trabajadores formales quedaron rezagados frente a la suba de precios, lo que ahondó el desfase entre sus ingresos y sus gastos.

La disonancia con los índices oficiales de precios se acentúa por el alza del costo de la vida, es decir, lo que los hogares gastan para mantener cierto nivel de satisfacción. El IPC mide las variaciones en los precios al consumidor, pero no necesariamente el costo de la vida. Ante el deterioro de los ingresos, las exigencias presupuestarias que afrontaron los hogares crecieron, los hábitos de consumo se modificaron para estirar ese dinero; e incluso algunas familias buscaron sumar fuentes de ingreso para cubrir sus gastos.

Aunque suelen confundirse en el habla cotidiana —y los medios refuerzan esa equivalencia—, IPC y costo de la vida son cuestiones distintas que aquí se retroalimentan y agrandan el desencuentro entre las vivencias comunes y las cifras oficiales.

Líneas de Acción

¿Cómo hacen las familias bonaerenses para lidiar con la inflación? Una investigación cualitativa realizada permite conocer algunas de sus estrategias más comunes. La inflación sostenida impone distintos desafíos a la organización y reproducción de los hogares. Una primera evidencia es que las familias ampliaron los itinerarios de compra. Los recorridos se extienden porque los precios no solo aumentan regularmente, sino que varían mucho de un comercio a otro. Otra conducta que surge de las entrevistas es la organización de los consumos en base a las ofertas y promociones asociadas a diferentes medios de pago. Los descuentos que proponen las tarjetas de crédito y de débito de las entidades bancarias definen días y lugares específicos para la realización de las compras, tanto de bienes básicos, de consumo regular, como durables. Ir detrás de ofertas y promociones se ha convertido prácticamente en una rutina.

Por otra parte, la necesidad de achicar gastos llevó a las familias a abandonar ciertos consumos o sustituir marcas. La lógica de sustitución consiste en reemplazar

marcas de consumo habitual por otras más económicas a fin de reducir costos. Los hogares ajustaron tanto la calidad como la cantidad de lo que compran, algo que se ve reflejado, además, en las estadísticas del consumo. En paralelo, renegocian contratos de servicios (como el de internet, telefonía y/o televisión por cable) para encajarlos en un presupuesto que reasignan con esfuerzo permanente.

La inflación sostenida y la erosión del poder adquisitivo también repercutió en la capacidad de ahorro y en los usos del financiamiento. Por un lado, en la medida que el dinero que antes quedaba como un excedente o “extra” pasó a comprometerse en el gasto corriente, dejó de atesorarse; el ahorro pasó a ser equiparado con un gasto que se evita o se modera, por ejemplo, aprovechando una oferta. Varias familias entrevistadas llamaron “ahorrar” a buscar precios más convenientes para reducir el gasto en determinado consumo. Por otro lado, diversas investigaciones muestran que los hogares recurren al financiamiento o al endeudamiento para la compra de bienes de consumo cotidiano. En las entrevistas surge que las familias se endeudan para mantener su estilo de vida y ese hallazgo coincide con datos cuantitativos que surgen de encuestas de alcance nacional sobre las formas de financiamiento de los hogares argentinos que, por ejemplo, realizó la CEPAL. Aunque la encuesta de Financiamientos y Medios de Pago (EFyMP) se aplicó entre octubre y noviembre de 2022, nada indica que esas tendencias se hayan revertido; al contrario, cabe asumir que se profundizaron en el contexto actual, con la caída del poder adquisitivo de los salarios y otros tipos de ingresos monetarios, laborales y no laborales (como la jubilación o pensión, los planes sociales o subsidios) y con la intensificación de dinámicas multidimensionales de endeudamiento.

Los hogares suelen recurrir a fuentes de financiamiento formales (tarjetas de crédito, créditos bancarios, financieras, o fintech) e informales (préstamos de familiares o amigos, fiado en comercios, préstamos de empleadores o prestamistas), con destinos diversos. En ocasiones, asociados a la compra de bienes onerosos o durables (como un electrodoméstico). Sin embargo, se pudo observar la prevalencia del uso de financiamiento como una estrategia para sostener consumos corrientes, como el pago del alquiler, la educación, la salud o, incluso, el consumo de alimentos. Según la CEPAL (2023: 10), el 63,8% de los hogares utilizó créditos/préstamos solicitados para costear gastos en comida y medicamentos (cifra que asciende al 65,4% en el caso de los hogares cuyo sostén principal es una mujer). Esta encuesta muestra, además, que el 22,9% de los hogares se encontraba en una situación de alta vulnerabilidad financiera al momento del relevamiento. (CEPAL, 2023: 10)

Datos más recientes del INDEC (2025) no muestran un panorama muy distinto. Según su relevamiento de las estrategias de manutención de los hogares —de características diferentes a la encuesta de la CEPAL, pero que puede dialogar con ella— en el primer semestre de 2025, el 50,9% de las familias se volcaron a

comprar en cuotas con tarjeta de crédito o al fiado², el 37,4% acudió a gastar lo que tenía ahorrado, el 16,1% a pedir préstamos a familiares/amigos y el 14,2% a pedir préstamos a bancos, financieras, etc. Uno de cada cuatro hogares solicitó préstamos en ese período. Entre los hogares de menores ingresos, esta proporción se incrementa a uno de cada tres; hogares que a su vez muestran mayor dependencia del crédito informal. El uso de ahorros alcanzó su máximo (40,1%) en el primer semestre de 2024, bajó a 38,9% en el siguiente y a 37,4% en el primero de 2025, cerca del 35% en torno al cual oscila desde 2020.

Durante el primer semestre de 2025, el 37,4% de los hogares había acudido a gastar lo que tenía ahorrado, el 16,1% había pedido préstamos a familiares o amigos y el 14,2% a bancos y otro tipo de entidades financieras.

Conclusiones

Aliviar la situación que atraviesa gran parte de las familias debería ser prioritario en la agenda gubernamental. Junto a la erosión del poder adquisitivo de los ingresos y el alza del costo de la vida, los hogares advierten una asincronía entre la inflación que perciben en sus bolsillos y los índices que supuestamente miden su pulso. La desconfianza en las estadísticas públicas no es coyuntural: tiene raíces profundas, ligadas a episodios de intervención —directa o indirecta— del poder político en el INDEC, presiones solapadas a sus autoridades reveladas por los medios masivos de comunicación y remiten a la falta de independencia política del organismo. Por eso, otra prioridad en la agenda debería ser introducir las reformas necesarias en el INDEC para garantizar su autonomía funcional y autarquía financiera, de manera de poner al organismo al resguardo de cualquier intención de control político, gobierne quien gobierne. Ello reforzaría la confianza que la población deposita en sus números. Como manifestó la destacada socióloga Susana Torrado (2007: 12), “un sistema válido y confiable de estadísticas públicas constituye una pieza esencial en el funcionamiento y gobernabilidad de las sociedades modernas”.

Referencias bibliográficas:

Centro de Investigación en Finanzas (CIF). Universidad Torcuato Di Tella (UTDT). Informe de la Encuesta de Expectativas de Inflación. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, mayo de 2026.

² El informe del INDEC subraya que, en los últimos 9 años, se constata cierta estabilidad de los hogares que compraron en cuotas o fiado, en torno al 50%.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Ministerio de Economía de la Argentina. Primer Informe sobre endeudamientos, géneros y cuidados en la Argentina. Documentos de Proyectos. Santiago de Chile, 2023.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). Estrategias de manutención ¿Cómo organizan su economía los hogares argentinos? Dossier estadístico. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, noviembre de 2025.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). Índice de Precios al Consumidor. Informes Técnicos, vol. 10, n140, junio de 2026.

Torrado, Susana. El sistema estadístico nacional y la sociología: 50 años de experiencia. Revista Argentina de Sociología, Año 5, n9, 2007, pp. 11-23.